



Ética, política y tecnociencia de la vida*

Ambrosio Velasco Gómez†

El desarrollo de la ciencia y la tecnología en el siglo XX ha llevado a la creencia generalizada de que las humanidades y en particular la filosofía han pasado a un segundo plano de importancia, pues desde esa perspectiva científicista las humanidades no tienen ni el grado de desarrollo ni la utilidad social que las ciencias y la tecnología han logrado. Inclusive en el plano político, el conocimiento científico y tecnológico se considera una fuente de legitimación suficiente de los gobiernos, aun en sistemas democráticos. Este divorcio entre ciencias y humanidades es lamentable y puede llevarnos a la pérdida completa del sentido ético de la vida, tanto en un plano personal como colectivo. Aldous Huxley en su novela *Un mundo feliz* nos ha dejado una muy vívida imagen del futuro que nos espera si la ciencia y la tecnología se convierten en el único conocimiento socialmente valioso y relevante, desprendiéndose de toda consideración valorativa, de toda reflexión humanista.

La amenaza de *Un mundo feliz* se hace cada vez más probable debido al desarrollo impresionante de las ciencias y tecnologías de la vida, como la genética y la genómica. Estas disciplinas son verdaderas tecnociencias, donde ya no se distingue la ciencia de la tecnología, sino que se fusionan íntegramente. Las tecnociencias representan el grado más avanzado del desarrollo científico y tecnológico y, al mismo tiempo, la manifestación más contundente del poder humano sobre la naturaleza.

El poder tecnológico que han generado las ciencias de la vida vuelve cada día más urgente la continua supervisión ética de las acciones y sistemas tecnocientíficos, pues como nunca antes se ha ampliado el poder transformador del ser humano. El poder humano que brindan las tecnociencias de la vida es un arma de dos filos que o bien puede contribuir decididamente al bienestar y prosperidad de los hombres, o bien, como todo parece indicarlo, puede convertir a los seres humanos en objetos de control tecnocientífico. Al respecto, bien apunta Juliana González¹ que las tecnociencias tienen un carácter bifronte como el dios Jano de la antigüedad y a nosotros corresponde el buen uso de las tecnociencias, con base en nuestro juicio prudencial. Por ello, para promover el poder sal-

vífico de las tecnociencias de la vida y evitar sus gravísimos riesgos, es cada día más urgente la reflexión ética, e inclusive la deliberación política al respecto.

La bioética es pues claramente un área de investigación científica y humanística que abre camino a la nueva cultura unificada del Siglo XXI, a la par humanística, científica y tecnológica. En esta nueva cultura habrá que replantear el estatus epistemológico mismo de las ciencias y de las humanidades, pues se tendrá que integrar, con todas las dificultades que representa, *episteme*, *phrónesis* y *techné*.

La episteme o conocimiento científico resulta indispensable para la bioética en cuanto proporciona información objetiva acerca de la naturaleza y potencialidades del ser humano, que constituyen premisas fácticas fundamentales de nuestras reflexiones y juicios filosóficos sobre distintos problemas de la vida. Así por ejemplo, el conocimiento científico es fundamental para la toma de decisiones en torno a problemas como la suspensión del embarazo, la clonación o la eutanasia. Sin el apoyo del conocimiento científico de la vida es imposible tomar decisiones razonables y responsables.

Pero las ciencias de la vida no nos permiten por sí mismas tomar o justificar decisiones éticas. Es indispensable para ello disponer de principios morales que podamos aplicar prudencialmente a cada caso y en cada circunstancia. La prudencia (*phrónesis*) es una virtud intelectual de carácter práctico que requiere la discusión racional de una pluralidad de puntos de vista u opiniones.

Ahora bien, el desarrollo de las tecnociencias de la vida, que tienen la capacidad de generarla convierten al mundo natural en un dominio del hacer humano, de la "techné" aristotélica. Y algo parecido sucede con los efectos del desarrollo industrial sobre el medio ambiente, que amenazan la sustentabilidad de la vida. Así no sólo el mundo del *Bios* sino también parte de la

* Este trabajo lo realicé dentro del Macroproyecto "Sociedad del conocimiento y diversidad cultural".

† Director y Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.

Physis ha transitado al dominio de la cultura, de los artefactos, de lo hecho (o deshecho) por el ser humano. Por ello, como elocuentemente afirma Alfredo Marcos, radicalizando la tesis de Hans Jonas de que la naturaleza también ha caído bajo nuestra responsabilidad:

“La distinción entre lo natural y lo artificial merece ser repensada y puesta al día, pues a cada instante la acción del hombre llega más hondo en la naturaleza, y es ya de tal grado y extensión que se funde con la acción de la propia naturaleza en casi cada una de sus manifestaciones, al menos dentro del planeta que nos acoge”.²

En cuanto las tecnociencias de la vida amplían su dominio al ámbito natural, también en consecuencia se amplía la responsabilidad del hombre sobre la vida, ya no sólo como una actitud de respeto, sino con una actitud de productor, de creador humano. De ahí el ineludible carácter moral de las nuevas tecnociencias de la vida, pues negar este carácter es rehuir la responsabilidad inherente a ellas, lo cual ya es una inmoralidad inaceptable. Las tecnociencias de la vida se han convertido pues en disciplinas éticas, sin negar su carácter científico.

En este contexto cabe plantearse las preguntas éticas que Gadamer formula sobre la relación entre tecnología y ética:

¿Debe el hombre aprender a hacerse a sí mismo lo que debe ser, igual que el artesano aprende a hacer lo que según su plan y voluntad debe ser? ¿se proyecta el hombre a sí mismo conforme a su propio *eidós* de lo que quiere fabricar y sabe reproducirlo en su propio material?³

Esta pregunta necesariamente abre el tránsito de la reflexión ética a la política, pues la determinación de lo que el hombre y su entorno deban ser involucra la

deliberación colectiva, la participación ciudadana, pues de otro modo se dejaría la definición de lo que la vida humana debería ser al arbitrio de los expertos, científicos, tecnólogos o filósofos. Si bien desde *La República* de Platón se confía en la decisión ilustrada del filósofo para imponer un orden político justo, y a partir de la época moderna Bacon, Hobbes, Marx y Popper, entre otros muchos, consideran que el conocimiento científico otorga el privilegio de gobernar racionalmente, también es cierto que en el siglo XX se ha cuestionado en el ámbito filosófico y literario los grandes riesgos autoritarios del dominio de los científicos.

La creciente importancia de las tecnociencias, especialmente de la genómica, en la vida social contemporánea obliga no sólo a ampliar la epistemología hacia la ética de las tecnociencias, sino también hacia una filosofía política. Recíprocamente, la filosofía política ha de considerar como un aspecto fundamental las consecuencias del desarrollo de las ciencias y las tecnociencias en las democracias de nuestros días, especialmente tomando en consideración el carácter multicultural de los estados contemporáneos. En este sentido, el desarrollo tecnocientífico en el mundo del *Bios* nos lleva a plantearnos la necesidad no sólo de una Bioética, sino también de una Biopolítica. Si excluimos la reflexión y la deliberación pública sobre el uso y desarrollo de las tecnociencias de la vida, lo más probable es que éstas se consoliden como un instrumento de control y sometimiento de unos cuantos sobre toda la humanidad⁴, tal y como presagiaba dramáticamente Aldous Huxley.⁵

Así pues, es indispensable que en nuestras universidades, en nuestras academias promovamos un diálogo edificante y respetuoso entre ciencias, tecnociencias y humanidades a fin de prevenir “un mundo feliz” dirigido por dictaduras tecnocientíficas y fomentar, por el contrario, un uso ético y políticamente justificado de las tecnociencias para que efectivamente sirvan a la procuración de la felicidad y la libertad de todos los seres humanos.

¹ Véase Juliana González, *Genoma humano y dignidad humana*, Barcelona, Anthropos y UNAM, 2005.

² Alfredo Marcos, *Ética Ambiental*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2001: 45.

³ Hans Georg Gadamer, *Verdad y Método*, Salamanca, Editorial Sígueme, 1977: 386.

⁴ Para una crítica del injusto uso social de las ciencias y las tecnociencias véase Pablo González Casanova, *Las nuevas ciencias y las humanidades. De la academia a la política*, Barcelona, Anthropos y UNAM, 2004.

⁵ Aldous Huxley, *Un mundo feliz*.